

Vargas Vila: entre la historia y la ficción narrativa

Por Consuelo Triviño Anzola

Estimados amigos, es un honor para mí participar en este encuentro de colombianistas, en Bucaramanga, en una mesa dedicada a José María Vargas Vila, que antes de personaje novelesco fue el tema de mi tesis doctoral. No voy a insistir en lo que ustedes ya saben: que fue en su época el escritor más leído, pero también el más repudiado, tanto por sus panfletos como por sus novelas eróticas; que fue prohibido por el clero y menospreciado por críticos y gramáticos, quienes desde la oficialidad intentaron desprestigiarlo.

Pese a la mala prensa que lo precedió, ninguno de sus detractores pudo impedir el éxito de su obra, ni el que sobreviva en la memoria de sus compatriotas, lo que se demuestra en la mesa que le dedica este congreso celebrado en su tierra. Lo cierto es que Vargas Vila fue tan conocido en España como en Latinoamérica. El éxito de su obra, que coincide con el afianzamiento de la estética modernista, alcanzó una dimensión transatlántica, hay que decirlo, gracias al desarrollo de la industria editorial española, que posibilitó la circulación de libros e ideas y familiarizó al público en lengua española con las realidades americanas, más allá de las fronteras que nos separaban.

En Latinoamericana, los panfletos de Vargas Vila eran repetidos hasta el delirio por obreros y campesinos liberales, perseguidos por los gobiernos conservadores; por enardecidos antiimperialistas que

denunciaban las incursiones del yanqui en nuestro Continente; por la juventud rebelde que se identificaban con sus sentencias. Impresionaba, además, el erotismo retorcido de sus novelas, cuyo desarrollo proponía la destrucción de la mujer, para combatir las manifestaciones del instinto y fortalecer la viril “voluntad de poder”.

¿Se trataba de matar el elemento femenino en el hombre? Es posible. Acaso esto explique la ferocidad con la que su discurso se lanza contra las mujeres, entre las que curiosamente tuvo admiradoras, como la célebre Gabriela Mistral, por ejemplo. También es verdad que obras como *Flor de fango* denuncian el asedio que sufren las mujeres en la sociedad, cuando no tienen el apoyo de una familia ni el amparo de un hombre que vele por ellas.

Por otro lado, el alegato contra la intolerancia religiosa, padecido en su patria, adopta la forma de una mujer asediada y apedreada por la turba fanática, lo que da pie a muchas interpretaciones del ethos americano. El hecho es que el siglo XIX nuestro era paradójicamente misógino. Mientras que en la sociedad las temidas reivindicaciones feministas eran sofocadas, cuando no ridiculizadas, en el arte triunfaba la sensibilidad femenina de la que se apropiaban los artistas que aspiraban a los más altos ideales estéticos y que Vargas Vila compartía.

Por todo lo anterior, acercarse a su obra fue una tarea fascinante para mí. Sin embargo, me llevé más de una sorpresa al comprender que en Colombia, la denostada patria de Vargas Vila, su nombre todavía resultaba incómodo, a pesar del tiempo, que yo misma era

mirada con curiosidad por dedicarme a “semejante tema”. ¿Qué hacer con él? Es la pregunta más corriente entre nosotros, sus compatriotas. Descalificarlo, como acostumbraba la crítica oficial y académica, resulta como mínimo, sospechoso. ¿Qué es lo que no se quiere ver en relación con Vargas Vila? Acaso un trozo de la historia que permanece entre luces y sombras y que hizo de él blanco de los ataques por parte de los grupos hegemónicos.

Pero el tiempo también pasó para aquellos fanáticos que lo atacaban sin leerlo y hoy nadie duda, en el entorno universitario más riguroso, de la importancia de Vargas Vila, que se ha convertido en un referente para interpretar la realidad de su tiempo, desde disciplinas como la antropología social. Los hechos que padeció, el intento de secularización de Colombia y la derrota de ese sueño, la de los radicales, su persecución y aniquilamiento, fueron vividos por él. Su airado testimonio, por tanto, hace parte de una memoria sin la cual no se completaría el rompecabezas de la historia, por muy sesgadas que nos parezcas sus opiniones, pues justamente, lo interesante es el sesgo que adopta su pensamiento: visceralidad, apasionamiento, golpes de efecto, propios de un orador que conoce la retórica y quiere convencer al interlocutor.

Pero, más allá de la validez de algunos de sus textos, lo significativo es el fenómeno social, el mito de Vargas Vila en el imaginario latinoamericano, desde México hasta Argentina. Lo razonable sería estudiarlo sin prejuicios estéticos, buceando en su extensa obra, rescatando para nuestra literatura páginas memorables como *Huerto agnóstico*, *Sombra de águilas* o *En las cimas*, por nombrar solo estas.

Por suerte, en algunas universidades, en los últimos años, especialmente en los Estados Unidos, se ha emprendido la tarea de reinterpretarlo, de abordar sus novelas desde una perspectiva simbólica, ideológica, política e histórica, leyendo entre líneas los padecimientos de su alma atormentada.

Si buscáramos una palabra clave para referirnos a Vargas Vila esta sería escándalo, pues como piedra de escándalo lo vendieron las editoriales que lo promocionaron. Otro factor no menos importante, que contribuyó a su éxito, fue la piratería que, como he dicho colocó sus libros en los lugares más remotos del Continente, lo que llama la atención, cuando el marketing no había llegado tan lejos como ahora.

En todo caso, se constata que lo más eficaz para dar a conocer una obra es el boca a boca y que, más que vender libros, lo decisivo es que se hable de ellos. Convengamos en que Vargas Vila fue de los pocos autores latinoamericanos, si no el único, que lo consiguió. También influyó la clandestinidad de la lectura de sus libros, lo que alimentó la leyenda de su malditismo y convirtió en pecaminoso el acto de leerlo, acto que era de iniciación sexual y de recóndita protesta. Gracias a los rumores, Allende los mares viajaban las ediciones francesas de Bouret y las españolas de Maucci y Sopena. Esta última emprendió la edición de sus Obras Completas en 1918 (cerca de sesenta volúmenes entre novelas libros de política, de crítica literaria, de sofismas).

Como Sopena, setenta años después, la editorial Panamericana de Colombia, bajo la dirección de Juan Carlos González Espitia, un apasionado de Vargas Vila, realizó hace tres lustros un proyecto de

reedición de sus obras que se editaron primorosamente. Pero el éxito de ventas no fue el esperado: los tiempos cambian, aunque el mito sobrevive. Prueba de ello es que no hace mucho, un carpintero ecuatoriano que realizaba una obra en mi casa de Madrid, se sorprendió al encontrar en mi biblioteca libros de Vargas Vila. Las historias que me contó del autor son las mismas que escuché a los mayores, la de su travestismo y odio a las mujeres. El hombre había leído *Aura o las violetas*, lectura que suspendió debido a que un cura, según me dijo, condenaba esa actividad. Y como dato simpático, que a lo mejor no viene al caso, le pagué regalándole un libro de Vargas Vila, porque él mismo me sugirió ese intercambio.

Por todo esto, el nombre de Vargas Vila surgió cuando llegué a Madrid en 1983 y me enfrenté al reto de presentar un proyecto de tesis. Del autor solo había leído *Aura o las violetas*, *Flor de fango* y el célebre panfleto *Ante los bárbaros*, libros marginales que no pertenecían al canon de nuestra literatura. Me llamaba la atención la reivindicación y condena de un autor que seguía siendo noticia en la prensa. Además, por aquellos años estaban de moda los estudios sobre la lectura y en las universidades españolas se empezaba a mirar con interés la llamada literatura por entregas. Vargas Vila era una rareza, aunque al alcance de cualquier investigador. Sus obras estaban en las librerías de viejo de Madrid, en los mercadillos callejeros y en las bibliotecas.

Otro dato importante, prueba del vivo interés que despierta Vargas Vila, es que 1981 la editorial La Oveja Negra en Colombia reeditó sus obras más conocidas. Con los años, la mirada sobre Vargas Vila

cambiaba, pues no sólo era aclamado por algunos liberales nostálgicos, sino también por cierta izquierda que reivindicaba su antiimperialismo. Un hecho muy sonado ocurrió por entonces y fue el traslado de sus restos del cementerio de Barcelona a su ciudad natal, con lo que el panfletario volvía a acaparar espacio en los diarios. Estas circunstancias, sin duda, influyeron en la elección del tema de mi investigación.

Respecto a la tesis, he de decir que me interesaba ahondar en el lector de su tiempo, para desde esa perspectiva, identificar los factores que determinaron el éxito de sus libros. Finalmente defendí la tesis en 1986 en la Universidad Complutense (*El sentido trágico de la vida en la obra de Vargas Vila*), pero al entregarla sentí que lo más importante se me había escapado, que nada sabía del personaje.

Casualmente en 1986 Vargas Vila volvía a ser noticia, a raíz de una entrevista a Fidel Castro en el que se le preguntaba por la obra inédita de Vargas Vila hallada en Cuba. En dicha entrevista el comandante confirmaba la existencia de su diario, que suponíamos desaparecido en México. Por tanto, solicité una beca de la Comisión de Cultura del V Centenario del Descubrimiento de América para consultar el diario y continuar de ese modo con mi investigación.

El resultado de mis viajes a La Habana donde conocí a Georgina Palacio Viso, heredera de los manuscritos de Vargas Vila, fueron las lecturas que hice de los inéditos del autor, en voz alta, y que grabé, a falta de fotocopias accesibles a los investigadores en aquellos años en la isla. Estas grabaciones se convirtieron en el

Diario secreto (Arango editores-El Ancora editores, 1989), selección de fragmentos, que se publicó como una primicia en Colombia y que prologó el ya fallecido crítico español Rafael Conte, en cierta forma cómplice de esa aventura. Lo que más me satisface de esta precaria edición es que viera la luz, pese a los obstáculos. Lo importante para mí no fue el contenido del diario, sino la proeza de haber podido editar aquellos fragmentos que despertaron suspicacias varias, acaso por las expectativas y los intereses en torno a la figura de Vargas Vila.

Lamentablemente, el diario no aclaraba de ningún modo los aspectos que hubiera querido conocer de la persona de Vargas Vila. La lectura no desvelaba “el misterio”, por lo que fue muy frustrante para mí. En estas páginas Vargas Vila sigue siendo ese personaje esquivo que se refiere a sí mismo hasta la fatiga, pero no nos informa sobre el ser humano que fue. Nos describe con detalles sus enfermedades, nos indica que está solo, que pasa temporadas sin comunicación con el exterior. Sin duda, sus novelas dicen más cuando nos revelan las truculentas patologías sexuales padecidas por sus personajes.

Tal vez, esa necesidad de desmontar al personaje persistió en mí; y a pesar de que tras terminar mi tesis y escribir por encargo unos artículos sobre el autor, evitaba cualquier proyecto que tuviera relación con él. Más de un editor me propuso escribir una biografía, a lo que me negué. Por todo esto, no creí posible que Vargas Vila llegara a convertirse en el tema de una novela mía. Me lo impedía no solo el desgaste por los años pasados en las bibliotecas, sino la frustración ante los resultados de un trabajo en

el que había invertido un tiempo precioso, robado a mi proyecto de escritura.

Haber aplazado novelas y cuentos en función de una tesis que consideraba requisito ineludible en mi formación profesional, era algo que me chocaba y cualquier encargo relacionado con Vargas Vila lo vivía como una conspiración en contra de mi trabajo creador. Sin embargo, la *belle époque* que revivía intensamente, cuando preparaba mis clases sobre el Modernismo, era una de mis pasiones ocultas y pensé que podía situar mis ficciones en ese periodo. Pero la idea quedó atrás, incluso la deseché, por temor a que se convirtiera en una novela histórica, un género que no me entusiasmaba.

Finalmente, Vargas Vila se me impuso en esa novela que, sin saberlo, ya estaba escribiendo cuando iba tras sus huellas, durante los años que disfrute de una beca que me permitió dedicarme exclusivamente a la tesis doctoral. Al comprometerme a escribir un cuento sobre un escritor colombiano en París, hace siete años, abrí el Diario de Vargas Vila y me encontré en el París de finales del siglo XIX, en un momento fascinante por los cambios que tenían lugar en todos los ámbitos, del pensamiento, el arte y la industria, en el concepto de la vida, y en la mirada sobre la realidad. El diario se iniciaba en 1989 con la llegada del escritor a la ciudad, coincidiendo con la Exposición Universal próxima a inaugurarse.

Releyendo este diario con otros ojos, veinte años después, vi al autor como podría verme a mí misma, en cuanto escritora, luchando día a día por el destino de la obra, desde su gestación

hasta su travesía incierta. Descubrí a Vargas Vila todavía joven y lleno de proyectos, dispuesto a conquistar a los lectores con dos de sus obras más importantes: *Ibis* y *Ante los bárbaros*. Él buscaba posiblemente una satisfacción personal, una justificación de la existencia, pero permanecía en su refugio, agazapado, garrapateando sentencias en el diario, aferrado a los valores románticos, a su concepto de la libertad y la justicia, rindiendo culto a autores como Hugo, Leconte de Lisle, Taine, Renan, abrumado por las demoledoras sentencias de Nietzsche, cuyo influjo no podía evitar.

El diario era en realidad un viaje iniciático, más que de huida, de búsqueda. Llegaba a París, como muchos de su generación, respondiendo a la convocatoria que anunciaba exponer los logros de la cultura occidental. La ciudad culminaba sus obras urbanísticas y modernizaba la zona alrededor del recinto ferial inaugurando hoteles y ofreciendo a los viajeros el esplendor de su belleza. Llegaba antes que Ramón, su compañero, quien se había quedado en Nueva York, cerrando los asuntos económicos y preparando la edición de *Ibis* que el autor pagaría a un editor italiano.

La verdad es que me resultó apasionante imaginarme al personaje en ese viaje. Me conmovió su condición del escritor exiliado, o transterrado, como yo; me recordó el valor que tiene el concepto de patria en la distancia, lo que te falta y temes ya no recuperar, lugar lejano y presente que hierde en la distancia, sobre todo, cuando las realidades políticas amenazan con llevarla a la ruina, ese dar vueltas alrededor de los mismos fantasmas: pobreza,

desigualdad, violencia, monstruos que adoptan la forma y el nombre de los caudillos y que emergen en sus ficciones.

Vargas Vila acabó resumiendo una época, una estética, vividas y procesadas desde la infancia, cuando nos arrullaron con los versos de Darío y Silva; el influjo de una poética que penetró hasta la médula la sentimentalidad popular, que atravesó de la misma manera el cancionero, la mirada sobre el paisaje, y la forma de amar, deslizándose por la sintaxis de la lengua, moldeando nuestro ser.

Todo esto hizo posible la escritura de *La semilla de la ira*, porque su composición y matices, en realidad, son como un juego que consistía en juntar trozos de textualidades, frases de Vargas Vila que continuaban, o que se cortaban para dar paso a un abanico de posibilidades, testimonios de la prensa, pedazos de invención, imitaciones, simulaciones, verdades inventadas, que se hicieron reales y se impusieron como dictadas por otro, de modo que al finalizar la novela sentí que ya no me pertenecía. Allí veía no sólo a Vargas Vila, sino toda una época y un continente estremecerse convulso, sin renunciar a ese sueño de belleza y verdad que al humanizarnos justifica nuestro paso por este mundo.

¡Muchas gracias!